

Vol. I. N.º 7

Noviembre 1939

BABEL

7

REVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

FEDERICO NIETZSCHE	Crítica de la cultura
ALBERT SCHWEITZER	Cultura y libertad
THEODORE DREISER	¿Qué es el americanismo?
EDMUND WILSON	Humanismo marxista
JEAN GIONO	Certidumbre
MAGDELEINE PAZ	Marcel Martinet
MARCEL MARTINET	Algunos recuerdos
ARTHUR ROSENBERG	La Revolución de Octubre
ALEJANDRO LIPSCHUTZ	Freud y el hombre moderno
EUGENIO GONZALEZ	Europa y nosotros
JUAN MARINELLO	Nicolás Guillén
NICOLAS GUILLÉN	¡Dale con la mocha!...
DWIGHT MACDONALD	Veinticinco millones de nosotros
RUBEN DARIO	Visiones proletarias

CHILE
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA
Precio: \$ 0.20

SUMARIO DEL N.º 1

(MAYO)

JEAN GUEHENNO	La fiesta de Hércules
LEWIS MUMFORD	El poder de lo patológico
LUIS ARAQUISTAIN	Retrato de Hitler
J. EDWARDS BELLO	Juicios extranjeros sobre Chile
ANDRE GIDE	Jef Last, poeta holandés
JEF LAST	Dos fragmentos de un discurso en Madrid
EMIL LUDWIG	Postscriptum a Mussolini
DIEGO RIVERA	Programa de lucha o de adaptación
B. SANIN CANO	¿Quién es mi prójimo?
EDMUND WILSON	Stalin como icono
IGNACIO SILONE	Un recuerdo infantil
HORACIO QUIROGA	Los Precursores

SUMARIO DEL N.º 2

(JUNIO)

ALBERT EINSTEIN	La unidad de la vida
PAUL VALERY	América, proyección del espíritu europeo
THOMAS MANN	La guerra como solución desesperada
STEPHEN SPENDER	El punto de vista moderno
T. NAVARRO TOMAS	Miguel Hernández, poeta campesino
MIGUEL HERNANDEZ	El niño yuntero
JORGE SANTAYANA	Paganismo
ALFRED KERR	Recordando a Walther Rathenau
ALBERTO GERCHUNOFF	Carrión de los Condes
A. SERRANO PLAJA	El genio de España
ERNST TOLLER	Hábil interrogatorio
ERNESTO MONTENEGRO	El escritor y el pueblo
LEON TROTSKY	Krúpskaia ha muerto
BALDOMERO LILLO	La cruz de Salomón

SUMARIO DEL N.º 3

(JULIO)

ENRIQUE HEINE	El Evangelio y la Filosofía
MARCEL PRENANT	La Revolución Francesa en el mundo
J. C. MARDRUS	Misión del escritor
P. DRIEU LA ROCHELLE	El escritor y el político
ANDRE CHAMSON	Recuerdo de "La Comuna"
ADOLFO SALAZAR	Notas sobre la Revolución Francesa
MANUEL ROJAS	El espíritu revolucionario
M. PICON-SALAS	Americanismo y autoctonismo
PAUL MORAND	Los franceses y la Argentina
E. MARTINEZ ESTRADA	Leer y escribir
CARLOS VICUÑA	Semblanza de un maestro
PAUL GROUSSAC	Pascua sangrienta

BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERÍA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 7 + NOVIEMBRE 1939 + CHILE

CRITICA DE LA CULTURA

(Consideraciones *intempestivas*)

POR FEDERICO NIETZSCHE

De El Pensamiento Vivo

AQUI reconozco yo la misión de esta "juventud", de esta primera generación de luchadores y de cazadores de serpientes, que desea una cultura y una humanidad más felices y más bellas, sin poseer más que un presentimiento de esa felicidad futura, de esa belleza del porvenir. Esta juventud sufrirá a la vez con la enfermedad y con el remedio. Y, sin embargo, ella puede creer jactarse de poseer una salud más vigorosa y, en general, una naturaleza más natural que la generación que le ha precedido, la de los "hombres" y la de los "viejos" cultos del presente. Pero su misión es quebrantar las nociones de "salud" y de "cultura" que posee este presente y engendrar la burla y el odio contra ese monstruo de concepto híbrido. El signo distintivo y acusador de su propia salud vigorosa deberá ser precisamente que esta juventud no pueda ser-

virse para determinar su naturaleza, de ninguna concepción, de ningún término de secta en uso en el lenguaje corriente de hoy, sino que se contentará con persuadirse de su poder activo y combativo, de su poder de eliminación y de división y que ostentará un sentimiento de la vida cada vez más intenso. Podrá contestarse que esa juventud posee ya la cultura; mas ¿para qué juventud sería esto un reproche? Se le puede reprochar la rudeza y la intemperancia, pero aun no es bastante vieja y sabia para moderarse. Ante todo, no tiene necesidad de fingir ni defender una cultura acabada y goza de todos los consuelos y de los privilegios de la juventud, ante todo, del privilegio de la lealtad brava y temeraria y del consuelo entusiasta de la esperanza. ¿Y cómo llegaremos a este fin?, me preguntaréis. El dios délfico os lanza, desde el comienzo de

vuestro viaje, su sentencia: "¡Conóce-te a ti mismo!" Es una dulce senten-cia, pues este dios "no oculta nada ni proclama nada, no hace más que indi-car", como dijo Heráclito. Entonces, ¿dónde os conduce?

Hubo siglos en que los griegos se encontraron expuestos a un peligro se-mejante al nuestro, al peligro de ser invadidos por lo que pertenece al ex-tranjero y al pasado, al peligro de pe-recer por "la historia". Jamás vivieron con orgulloso exclusivismo. Por el con-trario, su cultura fué durante mucho tiempo un caos de formas y de concep-ciones exóticas, semíticas, babilónicas, lidias y egipcias y su religión una ver-dadera guerra de los dioses de todo el Oriente, del mismo modo que hoy la "cultura alemana" y su religión son un caos agitado, en una lucha perpetua, de todo lo extranjero y de todo lo pasado. Ahora bien: a pesar de esto, la cultura helénica no fué un agregad-ó, gracias a su sentencia apolínea. Los griegos aprendieron poco a poco a "organizar el caos", acordándose con-forme a la doctrina délfica, de ellos mismos, es decir, de sus verdaderas ne-cesidades, dejando a un lado las nece-sidades aparentes. Así es como entra-ron en posesión de sí mismos. No fue-ron durante mucho tiempo los herederos recargados y los epígonos de todo el Oriente; después de una lucha difi-cil contra ellos mismos, por la interpre-tación práctica de esta sentencia, se hi-cieron los felices herederos de este te-soro, sabiendo aumentarle y hacerle fructificar, se hicieron precursores y mo-delos de todos los pueblos civilizados del porvenir.

Y eso es un símbolo para cada uno de nosotros. Es preciso que cada cual

organice el caos que lleva dentro de sí, volviendo sobre sí mismo, para acor-darse de sus verdaderas necesidades. Su lealtad, su carácter serio y veraz no se contentará con repetir e imitar. Enton-ces comprenderá que la cultura puede ser algo más que "el decorado de la vida", lo que no sería en el fondo, más que simulación e hipocresía. Pues todo adorno oculta lo que adorna.

Así se revelará a sus ojos la concep-ción griega de la cultura—en oposición a la cultura romana—la concepción de la cultura como una cultura nueva, co-mo una naturaleza mejorada, sin inter-rior y exterior, sin simulación ni con-vencción, como una armonía entre la vida y el pensamiento, entre la apa-riencia y la voluntad. Así aprenderá por propia experiencia que lo que per-mitió a los griegos vencer a todas las demás culturas fué la energía superior de su naturaleza "moral", y sabrá que todo aumento en la veracidad debe ser-vir también para preparar y activar la verdadera civilización, aun cuando esta veracidad pudiera perjudicar seria-mente a la disciplina que, por el mo-mento, goza de la estimación general, aun cuando ayudase a destruir una cul-tura puramente decorativa.

Estoy convencido—y esta convicción es la que he tratado de expresar en toda mi obra—que para luchar contra el fascismo no nos hace falta tanto medios materiales, aparatos burocráti-cos, cuanto una visión diferente de la vida y los seres humanos. Mis queridos amigos, sin esa visión diferente de la vida y los seres humanos, nos convertiremos en fascistas. Y yo rehusó ser fas-cista, ni siquiera fascista rojo.

Ignazio Silone.—Carta a Moscú, 1936.

CULTURA Y LIBERTAD

(Fragmentos)

POR ALBERT SCHWEITZER

De Kulturphilosophie

EL hombre debe ser libre para po-der concebir ideales racionales con miras hacia la cultura general.

Libertad material y espiritual están íntimamente entrelazadas.

La cultura es posible sólo entre hom-bres libres. Sólo hombres libres pueden pensar en la cultura y realizarla . . .

A la falta de libertad se asocia el exceso de trabajo. Desde hace dos o tres generaciones un gran número de individuos viven sólo como obreros y ya no más como hombres. El trabajo perdió el valor espiritual y moral que se le atribuye en general. . . El hom-bre ya no es capaz de meditación, y este nuevo estado de cosas influye en todas las exteriorizaciones culturales—en el teatro, el libro, el periódico. La nueva cultura es incompleta. El hom-bre se priva de su individualidad; le guía, le conduce y se apodera de él la organización.

Así hemos entrado en una nueva Edad Media. . . Liberarse de ésta será mucho más difícil de lo que fué libe-rarse de la Edad Media anterior.

El hombre que carece de libertad, que carece de la facultad de medita-ción, el hombre incompleto, corre tam-bién el peligro de perder los ideales humanitarios.

Los hombres no están hoy guiados por ideales comunes a toda la humanidad, y nuestra sociedad ya no acuerda va-lor y dignidad de hombre a todos los seres humanos. Partes de la humanidad

se han transformado en "material hu-mano . . ."

Nuestros libros de historia para uso escolar son plantas de mentiras histó-ricas. Este abuso de la historia es para nosotros una necesidad.

De nuestro falso sentido realista y de nuestro falso sentido histórico na-ció un falso nacionalismo.

¿Qué significa nacionalismo? Es exal-tación del patriotismo hasta lo inno-ble y absurdo. El nacionalismo com-parado con el patriotismo, noble y sa-no, es como la locura comparada con la razón . . .

El nacionalismo destruyó la noción misma de cultura, proclamando la cul-tura nacional.

Se dogmatiza y se sutaliza con tan-ta terquedad sobre diferencias espiritua-les entre las razas que finalmente esta habladería se transforma en verdadera obsesión y las supuestas particularida-des ya se presentan como una enfer-medad imaginaria . . .

Este conservar y cultivar consciente de particularidades indica que las par-ticularidades naturales se han esfuma-do. Las particularidades de la persona-lidad nacional con su espectro variable de colores, no intervienen ya en la vi-da espiritual general en forma algo in-o subconsciente. No, las particularida-des nacionales llegan a ser manía, amaneramiento, moda, farsa. Se apa-rean sólo ideas consanguíneas, y los graves resultados de esto se presentan

en todos los dominios espirituales de año en año con mayor claridad. La vida espiritual de prominentes naciones civilizadas se ha vuelto, comparada con la de antaño, tan monótona, que causa alarma.

Que tal desarrollo de la vida espiritual es contrario a la Naturaleza misma se revela no sólo en los productos espirituales inmediatos, sino también en el papel que en la vida espiritual tienen la presunción, la petulancia, y la autosugestión. Todo lo que hay de valor en tal o cual personalidad o en tal o cual obra, se atribuye a sus particularidades nacionales. Al suelo ajeno se le declara incapaz de producir algo igual o semejante. En la mayoría de los países la vanidad nacional ha llegado a tal extremo que no hay demasiada necesidad para su monopolio si sólo le sirviese.

Fácilmente se entiende que en condiciones semejantes lo espiritual en la cultura nacional pasa al segundo plano. Lo espiritual ya es sólo aparato externo, prenda de vestir. La cultura nacional ya no es otra cosa que la suma de las capacidades externas de la nación respectiva, y se nos presenta siempre junta con exigencias económicas y políticas. La cultura nacional que como se pretende, radica en las particularidades de la nación, ya no quiere limitarse a ésta como fuera lógico en condiciones normales, sino tal cultura nacional se siente destinada a imponerse a otras naciones para agraciarlas. Las naciones modernas están en busca de mercados extranjeros no sólo para sus productos industriales sino también para su cultura...

Así la cultura nacional ha llegado a ser artículo de propaganda y artículo de exportación. En cuanto a la publicidad que para fines semejantes se necesita, hay servicio amplio para ella. Las frases que son del caso, las hay, hechas, en bodega, y sólo precisa juntarlas... Y así presenciamos en el mundo una competencia de culturas nacionales, y en esta competencia la que lo pasa mal es justamente la cultura.

Admiráis la variedad maravillosa, la riqueza inagotable de la naturaleza. No exigís que la rosa tenga el perfume de la violeta, pero lo que el espíritu tiene de más rico, ¿no debe tener la facultad de existir, sino de una sola manera? Yo soy un humorista, pero la ley me ordena que escriba seriamente. Soy osado, pero la ley me ordena que mi estilo sea prudente. Gris sobre gris, he ahí el color único, el color autorizado de la libertad. La menor gota de rocío en la que se refleja el sol, cintila en un inagotable juego de colores, pero el sol del espíritu, cualquiera que sea el número de individuos y la naturaleza de los objetos en que se quiebre, no podrá dar más que un solo color: ¡el color oficial! La forma esencial del espíritu es la alegría, la luz, y vosotros hacéis de la sombra su única manifestación adecuada; no debe vestirse más que de negro, y sin embargo no hay una sola flor negra entre las flores.

La esencia del espíritu es siempre la verdad misma. ¿Y qué le fijáis como esencia? La modestia. Sólo el indigente es modesto, dice Goethe. ¿Es en un indigente que queréis transformar el espíritu? O la modestia no será más que la modestia del genio de que habla Schiller? Entonces transformad primero a todos vuestros conciudadanos, y ante todo a vuestros censores, en genios.

Marx.—Sobre la censura, en Anécdota, 1843.

¿QUE ES EL AMERICANISMO?

(Respuesta inicial a un Symposium sobre el Marxismo y la Tradición americana)

POR THEODORE DREISER

De Partisan Review and Anvil

EL americanismo, a mi juicio, es una ilusión de la individualidad nacional, compartida por la gran masa de nuestro pueblo en una forma más o menos emocional, a través de la cual pueden ser enfocadas las ideas de reforma, gobierno, arte y sistema social; en esencia, es el marco intangible, sentimental y a menudo inconsciente a que recurre la mayoría de los americanos para verificar sus ideas y aquéllas con las cuales se ponen en contacto. El americanismo es asociado a las ilusiones que envuelven algunas palabras y frases como: individualismo, libertad, el país de los libres, el hogar de los valientes, self-made man, pioneers, es te es el más grande país del mundo, usted debe enorgullecerse de haber nacido en él, las barras y las estrellas de la bandera, etc. Cuando pienso en el americanismo es, pues, en estas asociaciones poderosas, profundamente enraizadas, próximas a la esencia misma del sentimiento y como tal una fuerza positiva. El americanismo creció de las condiciones culturales de la Europa occidental y se opone a ellas en la misma forma que una bellota a un roble.

Justamente porque pienso así, me inclino a creer que en lo referente al modo y problema de llevar a cabo una revolución social, lo más práctico es contar con este sentimiento, si es posible, en la causa de la reforma y la re-

volución. Según mi parecer, las reformas y revoluciones, los cambios del capitalismo al socialismo y comunismo, son inevitables e inherentes a la verdadera naturaleza de las cosas; y si la identificación de esos cambios con la poderosa fuerza emocional del americanismo puede facilitar el proceso de ajustamiento a los ojos de la gran masa del pueblo, facilitando en consecuencia el logro de tal fin, entonces el movimiento radical americano no puede menos que librarse hasta donde es posible de asociaciones europeas y ser tan americano como es posible en terminología, dirección y forma general. Pero si dicha tradición americana constituye sólo un símbolo de la lucha brutal para obtener riqueza individual, ¿para qué entonces? El comunismo se defiende mejor en su propia verdad. La riqueza individual no es más que una mera ilusión.

Aunque es del todo claro que la tradición cultural americana posee evidentes raíces en la Europa occidental y que ningún cambio de importancia ha tenido lugar aquí en América sin ser precedido por un cambio de igual clase en Europa, forma parte del americanismo resentirse ante cualquier influencia y conexión europea. Y es justamente por esta razón que la ideología marxista haría bien sometiéndose en una forma adaptable a nuestra tradi-

ción revolucionaria, aun en el caso de perder su propia identidad.

En cuanto a la literatura revolucionaria de este país, creo que por desgracia le falta bastante comprensión para sugerir el maridaje de la revolución social, en su punto de vista del día con la visión más larga y amplia del americanismo en su forma artística, para

HUMANISMO MARXISTA

POR EDMUND WILSON

De New Republic

UNO de los rasgos más sobresalientes del comentario político de Marx y Engels, si volvemos sobre él después del referente al periodismo y a la tesis política de las últimas fases del marxismo, es precisamente su flexibilidad, su prontitud para tomar en cuenta los hechos nuevos. Aunque el móvil principal de la dialéctica fué concebido como un mecanismo muy simple, Marx y Engels enfocaban los fenómenos cotidianos de la sociedad como infinitamente variados y complejos. Si eran místicos en cuanto al fin eran realistas acerca del camino para lograrlo. Ciertas premisas les venían de la época más idealista del "Manifiesto Comunista"; pero estas nunca trabaron su comprensión de que sus hipótesis debían ajustarse a los hechos actuales. En muchos aspectos Marx y Engels contrastan con los toscos pedantes y fanáticos que han pretendido aleccionar al movimiento que ellos encabezaron; pero nada es más evidente que la honradez de estos innovadores para reconocer y respetar los acontecimientos y su buena voluntad para aprender de la experiencia.

ser capaz de un efecto más profundo y un llamado más poderoso. Objeto el tipo de la reforma absoluta en los escritores, como característica de la limitación del artista y antagónica del lector. La producción revolucionaria puede ciertamente incluir una visión favorable, y de hecho una síntesis del americanismo.

A esto sumaban un interés omnívoro por cualquier clase de actividad intelectual y una gran apreciación del trabajo ajeno. Quizá esto no parezca reconciliable con la tendencia que hemos notado en Marx de hacer a un lado a otros pensadores o apartarse con su habitual tono de superioridad desdeñosa, que tan seriamente imitaba Engels. Hay muchos pasajes de la correspondencia de Marx y Engels en la que estos dos maestros del pensamiento político, a semejanza del Dante (a quien por esta razón tanto citaba Marx) deciden formar un partido con ellos mismos, determinados al parecer tercamente y hasta de modo enfermizo a no conceder valor a las ideas de los demás. Y se dijera que este inexorable olvido de los otros es una condición indispensable para defender su propio agudo punto de vista.

Era que desarrollaban su peculiar tono cómico y mordaz, su implacable y desprendida actitud, su personalísimo lenguaje poliglota ("Apropos! Einige Portwein und Claret wird mir sehr wohl tun under present circumstances") a

medida que se iban dando cuenta que podían abarcar mejor al mundo y comprenderlo cada vez más, mientras los otros hombres, entregados vulgarmente al buen humor de la retórica política, no alcanzaban el sentido de la historia, ni tenían idea de lo que estaba sucediendo a su alrededor. En el centro de esta amistad recíproca, limitada al intercambio de dos hombres, todo era claridad, frescura, regocijo intelectual y confianza mutua. La conspiración secreta y la broma privada suponían siempre una atalaya y un laboratorio. Y en el campo general del pensamiento si no en el de la política práctica, Marx y Engels estaban siempre ingenuamente atentos a cuanto en la ciencia o en la literatura podía ayudarles a comprender al hombre y a la sociedad. El tímido que busca una fórmula, porque desea ante todo la certeza, el snob que acepta una doctrina, porque lo hará sentirse superior a sus semejantes, el hombre de segundo o tercer orden que quiere una excusa para menospreciar a los de arriba, todos tienen interés en desechar, desacreditar, ridiculizar, calumniar; y de la tradición legada por Marx y Engels sólo toman aquella parte truculenta que son capaces de imitar.

Pero para los verdaderos pioneros de las fronteras del pensamiento, para aquéllos que han aceptado ser responsables de la dirección de las ideas de la humanidad, hallar la respuesta correcta a cada problema está lejos de ser cosa fácil. Estos pioneros saben dolorosamente cuán pocos son los que comprenden, cuán pocos son los seres humanos en quien puede fiarse cuando se trata de encontrar algo nuevo para

completar un cuadro fresco de experiencia.

Aunque Marx y Engels tenían por verdadera la dialéctica no creían que ésta les resolvería todo sin su iniciativa o investigación, ni pensaban tampoco que ésta era incapaz de hacer progresos en manos de personas que no eran de su opinión. A pesar de lo hipercrítico y duro que fué Marx en sus ataques a un adversario como Proudhon, su sentido de la realidad intelectual lo lleva a hacerle justicia al fin; y con ser puntilloso hasta la pedantería brinda su reconocimiento no sólo a predecesores como Ricardo y Adam Smith, sino también al autor de un panfleto anónimo publicado en 1740 en el que encuentra la primera sugestión para su teoría del valor del trabajo.

Así el marxismo de los fundadores no alcanza nunca esa fase postrera de los más nobles líderes de la clase trabajadora que al aceptar el materialismo dialéctico, creen que todo pensamiento debe ser estrictamente funcional, esto es, de agitación y estrategia, y que ellos deben volver la espalda a los intereses apolíticos, no porque carezcan de valor sino por ajenos a lo que debe hacerse. Y es que la tradición del Renacimiento flotaba aún alrededor de Marx y Engels; habían emergido sólo en parte de su matriz. Anhelaban actuar en el curso de la historia; pero también querían aprender por sí mismos; o quizá sea más exacto decir que creían que el estudio daba poder; por eso no obstante el intenso deseo de Marx de acabar con el antagonismo de la lucha de clases su máxima favorita era: *Nihil humanum alienum puto* (nada humano me es extraño); y tan-

to él como Engels se acercaban al pasado con un respeto que no tiene nada de común con el impulso que aparece en cierta faz de la Revolución Rusa y que tuvo imitadores entre los marxistas de otros países: el impulso de hacer un depurado programa de cultura.

La defensa de las humanidades que hace Engels en el Anti-Dühring debe ser cordialmente aprobada por todo sostenedor de las artes liberales. "La escuela del futuro que proyecta Herr Dühring—dice Engels—es sólo una escuela prusiana un poco ennoblecida en la cual se reemplaza el griego y el latín por un poco más de matemática pura y aplicada y en especial por la filosofía de la realidad", etc. Dühring "pretende hacer desaparecer las dos palancas que en el mundo actual dan por lo menos ocasión de levantarse sobre el estrecho nivel nacional, es decir, conocimiento de las lenguas antiguas que abren un horizonte más amplio a aquéllos que han tenido una educación clásica, y conocimiento de las lenguas modernas, único medio por el cual las gentes de distintas naciones pueden entenderse y conocer lo que está sucediendo fuera de sus fronteras".

Marx y Engels tuvieron siempre presente algo que muchos marxistas han perdido completamente de vista, el ideal del hombre del Renacimiento como Leonardo o Maquiavelo, que entendían las ciencias y las artes, que eran filósofos y hombres de acción. En verdad, una de sus principales objeciones a la sociedad industrial estratificada de su tiempo era que especializaba a la gente en sus tareas de tal modo que les era imposible desarrollar más de una aptitud; entre sus grandes argumentos en favor del comunismo figuraba el

que éste volvería a producir otra vez hombres "completos". Ellos mismos habían tenido que apartarse desesperados de los sabihondos de la Alemania idealista a quienes consideraban tan fatalmente deformados como al obrero fabricado por su concentración en un esfuerzo mecánico; y deseaban en cuanto les era posible llevar una vida de hombres "completos". Engels logró por cierto algo de esto al través de sus negocios, su jovialidad, sus deportes, sus idiomas, sus ciencias naturales, su economía, sus estudios militares, sus artículos, sus libros, su pintura, su poesía y su política; y lo que a Marx le faltaba en habilidad práctica y destreza atlética, lo compensaba con el alcance extraordinario de su mente. Cierzo que el trabajo de Marx fundiéndose con el de Engels y eclipsándolo casi, debía convertirse bajo la presión del tiempo en algo más técnico y secamente económico; pero aun así queda hasta el fin en Marx el sentimiento del mundo rico y variado, la concepción de las muchas clases de sabiduría que son posibles al ser humano, todas interesantes y cada una excelsa en su género.

~~~~~  
Corto, sin dificultad, una caña para pescar. Tengo, prendido a mi abrigo, un alfiler que encorvo como un anzuelo.

No me falta el cordel.

Pero me falta todavía un hilo de lana, una punta de no importa qué cosa de color rojo.

Busco en mí y por tierra y cielo.

No encuentro nada y observo melancólicamente el abierto ojal de la solapa, que siempre dispuesto, no se apresura mucho por adornarse con la cinta de la Legión de Honor.

Jules Renard.—Historias Naturales.

POR JEAN GIONO

De Monde

CADA vez que llega el aniversario del comienzo de la guerra, renuevo mis propósitos.

Si he obedecido la primera vez, tenía excusa.

Si obedeciera a la orden de una nueva guerra—no importa cual—me deshonraría para siempre ante las generaciones futuras, ante el sucederse de la vida en el mundo, ante lo que existe, y ante lo que hay en mí mismo de inmortal.

Durante la guerra de 1914, se me dijo que yo luchaba por el establecimiento definitivo de la paz en el mundo. Se me dijo: "Tú luchas para que tus hijos no sean ya nunca más soldados".

No.

Ahora es cuando lucho por todo eso. Es ahora: al estar seguro de mis designios, listo en mi coraje y (asumiendo en mi conciencia la entera responsabilidad por lo que voy a decir) totalmente libre de la menor piedad por los adversarios de la paz, cualesquiera que sean.

No soy un inmóvil defensor de la paz.

Soy un cruel defensor de la paz.

No quiero servir más de materia prima al gobierno.

Y digo que todo gobierno que tiene necesidad de la muerte de los hombres como materia prima para gobernar es enemigo del pueblo, de los obreros, artesanos, campesinos, montañeses, marinos, pescadores, bellos seres vivien-

tes de los que únicamente el mundo está hecho.

De aquéllos que el sol de las cinco de la mañana esclarece en el trabajo.

Que éstos se levanten y resistan.

Yo me levanto y resisto.

No hay que hacer excepciones.

Si admitís una guerra, el mentir de los gobiernos os sabrá presentar la guerra como vuestra en la mañana del primer día y en seguida estaréis en el engranaje y en la rueda, como el nadador que levanta los brazos al cielo antes de sumergirse en la espuma roja del tiburón.

Los hombres no tienen necesidad de maestros para dudar.

~~~~~  
Yo no puedo creer que la civilización esté necesariamente basada en la mentira. Una civilización tan falsa, lleva dentro de sí los gérmenes de la muerte. Las obras que aun produce son moribundas, y si nosotros no podemos limpiarnos de toda esa artificialidad, estamos también condenados. La cultura de invernadero tuvo sus días; y si los nacionalistas la defienden, tanto mejor, ello me ayuda a ver con claridad y a comprender que los verdaderos defensores de la cultura están hoy del otro lado. Mi hostilidad no va dirigida contra la cultura, sino contra sus falsedades y sus convencionalismos. Declaro que los enemigos de la cultura son aquéllos que defienden la falsedad y defienden—con ella—el falso sistema social bajo el cual vivimos; declaro que los enemigos de la cultura son los fascistas, hitleristas y nacionalistas de nuestra propia tierra.

André Gide.—Discurso en el primer Congreso de intelectuales, 1935.

POR MAGDELEINE PAZ

De Vendredi

TENGO mucho que decir. Pero llevo sofocada, jadeante, al punto de partida de mi artículo, como el corredor que tras un largo viaje, se descarga en un vértigo de la nueva que le hace daño, porque la ha llevado solo y mucho tiempo.

Tengo poco espacio y cada palabra ocupa lugar. Puedan las palabras que van a servir para representar a Martinet—poeta, novelista, dramaturgo, crítico—irradiar en altura y profundidad, ya que no será grande su número. Poeta, ¿gran poeta? Que no se me crea tal afirmación: que se lea *Los Tiempos malditos*, *Los cantos del pasajero*. ¿Dramaturgo? Los auditorios obreros de la Rusia soviética no han olvidado seguramente las representaciones de *La Noche*, que les llegó al corazón, a los hombros, como un abrazo fraternal. ¿Crítico? Que se revise la abrumadora, la magnífica tarea que hizo en *L'Humanité*, hasta el límite extremo de sus fuerzas: dirección literaria, crítica de libros, crítica dramática, revista de revistas, trabajo de roturador, de descubridor y de estimulador. ¿Novelista? Leer *La Casa al abrigo*.

Todo esto es inmenso. Pero todavía no es excepcional. Hay una multitud de escritores de talento, de notables dramaturgos y de críticos clarividentes; los verdaderos poetas son tal vez más raros; pero los buenos novelistas abundan.

No creo, sin embargo, que en la época actual haya muchos seres dotados de

dones más auténticos, disponiendo de una vasta cultura y de una pluma sólida, y que rechacen el éxito.

Martinet es uno de ellos. Rechazo del éxito; la conciencia se explaya si el éxito fracasa. Rechazó del éxito; aquello que se da a la verdad es casi siempre tanto como lo que se toma al florecimiento de la personalidad. Rechazo del éxito, si no tuviera tal divisa, conocería la gloria. Sus poemas cantarían en todas las memorias, sus libros se encontrarían en todas las bibliotecas, su voz resonaría en los mejores escenarios. Porque es inflexible, implacable, incorruptible, límpido, irreductible, sólo es conocido por un pequeño número.

Pero cuando se le conoce—porque es al mismo tiempo, tierno, acogedor—es el sol sobre la amistad y para el alma, es aire puro. Un pequeño volumen acaba de aparecer, del que voy a dar en seguida referencias (*A Martinet, Les Humbles*, 229, rue de Tolbiac, París, 5 francos) a tal punto no tengo la impresión de tratar aquí de un tema literario, sino de un simple gran hecho de la vida.

El librito es una especie de meditación sinfónica sobre Marcel Martinet. Sin haberse concertado, todos los que colaboran en él repiten la misma cosa en términos diferentes: "C'est un homme".

Un hombre. Sí, preguntad al hombre qué es lo que se puede esperar de más alto, de más difícil, aquí abajo.

Pedidle pensamiento humano, palabra humana, acción humana: oiréis pensar, hablar y vivir a Martinet.

El espacio aprieta. Hay que precipitar lo que falta, pasar sin transición del hombre a la huella que deja su paso.

Porque atañe a la conducta humana—total y soberbiamente—el surco que deja tras de sí es revolucionario. Pero ¿qué ha sembrado en este surco? Ha sembrado aquello que un escritor puede esparcir de más fecundo para la humanidad que tiene miedo y que ha perdido el camino.

El gran problema, en este momento, es hacer coincidir el estado real del mundo con la conciencia que los hombres tienen de él. La revolución está inscrita en todos los hechos, pero no lo está aún en el espíritu de los hombres. ¿Permite la cultura actual adquirir esa conciencia? Jean Guehenno ha dado con una sorprendente fórmula de la que me he servido a menudo, porque no hay nada más justo: esta cultura es en verdad una fuerza de **contención**. ¿Entonces? Entonces es preciso que los hombres llamados a salvar el mundo, salvándose ellos mismos, estén obligados a meditar la Revolución, a aprehenderla con todas las fuerzas de su espíritu, antes de hacerla con sus manos y firmarla con su sangre. Es menester que la necesidad gigantesca y nueva, que es la aspiración profunda de la Revolución y que será su fuerza motriz, se abra paso, se manifieste; no lo hará por sí sola.

¿Qué le corresponde al escritor en todo esto? Nada de lo que hacen habitualmente los "jefes" y los estados mayores, nada de lo que pone al inte-

lectual por encima o aparte; la tarea es a la vez modesta, ardua y grandiosa: **Permitir a los trabajadores ver claro con sus propios ojos**. Si se sueña en lo que eso supone de esfuerzos cumplidos en función de la masa, en plena masa, por y para ella, de esfuerzos confiados, encarnizados, autónomos hacia una clara visión del mundo y hacia el desarrollo de la capacidad de liberación, se tendrá tal vez un resumen de lo que es, de lo que podría ser la cultura proletaria.

Y bien, con Jean Guehenno y Henri Poulaille, Marcel Martinet habrá sido uno de los grandes obreros de esa cultura liberadora, sin la cual la Revolución puede sin duda concebirse, pero no su triunfo, ni su permanencia.

Algunos lectores del Social Demócrata se horrorizarían si yo quisiera reproducir aquí ciertos folletines de la *Nueva Gaceta Renana*. Pero no pienso hacerlo. Sin embargo, no puedo dejar de anotar que llegará un momento en que los socialistas alemanes tendrán que desembarazarse del último prejuicio filisteo alemán, del hipócrita pudor moral pequeño-burgués que no sirve en verdad más que para cubrir secretas obscenidades. Cuando se leen, por ejemplo, los poemas de Freiligrath, se podría creer que los hombres no tienen órganos sexuales. Con todo, nadie ama las picardías a escondidas como Freiligrath, cuyos poemas son ultrapúdicos. Es tiempo ya de que los obreros alemanes, por lo menos, se habitúen a hablar de las cosas naturales, indispensables y extremadamente agradables que hacen de día y de noche, tan naturalmente como los pueblos romanos, Homero y Platón, Horacio y Juvenal, el Antiguo Testamento y la Nueva Gaceta del Rin.

Engels.—En un artículo del "Sozial-Demokrat", en 1883.

POR MARCEL MARTINET

De Les Humbles

A fines de 1914 nos reuníamos una vez por semana cuatro pelados y tres con jopo, en el malecón Jemmapes en la trastienda de la *Vie Ouvrière*. Eramos de aquella gente singular en todas las naciones que seguían creyendo justo y verdadero después de la declaración de la guerra, lo que creían justo y verdadero a la víspera. Frente al nuevo socialismo, al nuevo sindicalismo, al nuevo anarquismo de unión sagrada, nosotros persistíamos en pensar que esta guerra de las naciones era una guerra imperialista, en la que el proletariado internacional era el primer vencido, pues no le traería más que ruinas, miseria y vergüenza a la clase obrera de todos los países y a toda la humanidad. ¿Nos habíamos equivocado?

Fué alrededor de Pierre Monatte que nos reuníamos todos. La carta por la cual Monatte había renunciado al comité confederal de la C. G. T. marcó el despertar del movimiento obrero francés. Se trata de una gran página de la historia social, hoy desconocida, olvidada o desfigurada, que será necesario escribir alguna vez. Monatte no sólo ha salvado el honor del proletariado revolucionario, hizo más que nadie en Francia por reabrir el camino de su verdad y de su liberación. No éramos muchos a su alrededor en las primeras semanas de la guerra: Rosmer, Merrheim, Hasfeld, Tourett, devoto y fiel hasta el fin, Brissone, secretario del sindicato del calzado, una de las más bellas figuras que he conocido en el movi-

miento, un militante de la línea de Varlin y que murió en su puesto; algunos más. Nos dirigíamos después de la comida a la sala del primer piso de la vieja trastienda a la que se llegaba por una escalera enmohecida; nos instalábamos de cualquier modo en los bancos de madera o sobre los periódicos apilados que hacían de sillas. Raymond Lefebvre, se ha sentado allí y también Guilbeaux.

Así, cada jueves, más solitarios en una Francia que parecía engañada y delirante en su totalidad, que los primeros cristianos en la catacumbas romanas, nosotros complotábamos. Es decir, intercambiando y discutiendo las pocas informaciones que sobre la guerra, el estado de la opinión en el país y la Internacional, podían parecer auténticas, después de filtrarse a través de la usina oficial de mentiras. Nos repartíamos así más amarguras que razones de esperanza, sin desconfiar, empero, de la clase trabajadora.

Pronto se nos juntaron regularmente cuatro rusos. Como los miembros de los congresos socialistas internacionales no nos eran muy familiares, pocos conocían a estos camaradas ni siquiera de nombre. El que nos era menos desconocido era a no dudarlo, el de más edad, un hombre de rasgos profundos, de barba ya grisácea, mirada penetrante y voz un poco ronca, que caminaba arrastrando las piernas en recuerdo de los grillos que había soportado largamente en Siberia. Era Martov. Pero nosotros sabíamos que los cuatro eran

internacionalistas irreductibles y que colaboraban, sin distinción de tendencias, en un pequeño diario que sacaban en París a costa de privaciones y sacrificios sin límite los emigrados rusos fieles al internacionalismo obrero. Este cotidiano que se llamaba Golos ("La Voz") no dejaba, se entiende, de irritar e inquietar vivamente a todos los renegados del socialismo y la censura franco-rusa le consagraba sus cuidados más vigilantes. Hay que creer por tanto que la fe, el coraje y la inteligencia pueden más, aún en las épocas peores y en la extrema miseria: Golos aparecía y era leído apasionadamente en la colonia rusa y cuando al fin fué suspendido, siguió saliendo con la misma redacción y el mismo programa bajo el título *Nache Slovo* ("Nuestra Palabra").

Cualquiera que fuese entonces nuestra impotencia, se imaginará fácilmente qué consuelo significaban estas reuniones para cada uno de nosotros entre las falacias de un tiempo rodeado del hálito de la muerte, en el que no se respiraba por doquier más que la abyecta necedad, la mentira venal y la traición. La sola presencia de los rusos multiplicaba este consuelo, pues los cuatro hablaban francés y nos ayudaban con algo más que su presencia: teníamos mucho que aprender de estos hombres que poseían un conocimiento amplio y preciso del movimiento internacional, una experiencia larga y bien pagada, al mismo tiempo que una rica ciencia teórica de la revolución.

Pero delante de uno de ellos sobre todo, nosotros comprendimos desde el principio que estábamos en presencia de una grandeza intelectual y humana excepcional.

Era un hombre de muy alta talla, esbelto, muy derecho y un poco tieso en el que todos los rasgos acusaban una inteligencia y una energía magnéticas a las que se unía cierto aire de gran juvenilidad que provenía tal vez, en parte, al menos, de esta misma irradiación de inteligencia y energía. La frente alta y orgullosa se prolongaba en una melena espesa y ondulada peinada hacia atrás. El rostro por entero grave, atento y calmo en reposo, adquiría en la discusión una animación extraordinaria. Los ojos chispeaban entonces detrás de los lentes con un resplandor que no vi sino en ellos. Y la boca de labios finos, ardientes, burlones, mefitofélicos a ratos entre el mostacho y la barbicha, completaban la impresión de pasión atrayente y de fuerza a la que nadie podía permanecer insensible.

Estas imágenes las he formado más tarde. En nuestras reuniones del malecón Jemmapes no pensábamos en averiguar cómo estábamos hechos unos y otros, si no en seguir el pensamiento de los que hablaban. Y cuando aquél hablaba había en sus palabras, en sus razonamientos y deducciones tal potencia espiritual, una información tan amplia y completa, un vigor dialéctico tan soberano, un convencimiento revolucionario tan total, imperioso y sereno que su conversación nos parecía una especie de batalla victoriosa librada delante de nosotros, una fiesta de liberación. Diría que era para nosotros un deslumbramiento, tal era su prestigio; pero la palabra resulta impropia y ofensiva: el hombre que hablaba no pensaba deslumbrar y no quería deslumbrar; lo que ansiaba con una simplicidad magnífica era sólo comunicarnos lo que sabía, contribuir a esclarecer a sus ca-

maradas lo que era obscuro para ellos, razonar con exactitud y justeza. Pero desde la primera vez que le oí, al salir de nuestra reunión a la que asistían algunos compañeros de alto valor y dones eminentes, se recuerda que yo dije:

—Había esta noche allá arriba un alguien que es un hombre de genio. Se llama León Trotsky.

Nuestros encuentros posteriores, y éstos duraron hasta el momento en que Trotsky, en octubre de 1916, fué expulsado de Francia por un gobierno de unión sagrada al que estaba encadenado Jules Guesde, acentuaron en mí esta opinión. De modo que no necesitaba de brujería después de la Revolución de Febrero, para escribir en la *Ecole de la Federation*, el valiente semanario por el cual la Federación de la Enseñanza había reemplazado la *Ecole Emancipée*, que el kerenskismo no se prolongaría por mucho tiempo, que pronto se oiría hablar de un tal Trotsky al mismo tiempo que de un tal Lenin, y que entonces las cosas cambiarían ligeramente. Nosotros habíamos llegado a ser un poco menos ignorantes de la realidad internacional que los gobiernos y sus soplones. Fué así que un polizone aficionado, curioso maníaco que ejercía su vicio bajo el pseudónimo de Jean Maxe, denunció esta modesta predicción como una profecía reveladora y como la prueba del complot urdido en el mundo por los revolucionarios de todos los países. En lo que a profecía y complot se refiere yo no me había atendido más que a mi recuerdo del conocimiento de la personalidad magistral de Trotsky, de una superioridad evidente para cualquiera de los que se le habían aproximado.

Evidente para todos, ostensible, esta superioridad no era del agrado de todos. A nuestras primeras reuniones de la *Vie Ouvrière* asistía un personaje que bajo el nombre de Rudin, había sido uno de los buenos colaboradores de la revista así como de la *Bataille Syndicaliste*, y que acabó por entregar al dios del *Comité des Forges* y otras empresas, bajo su verdadero nombre de Max Hoshiller, un alma que no ha embellecido en veinte años. ¿Por qué frecuentaba nuestro grupo de réprobos? Aunque mezclado ya a turbias combinaciones, no parecía, sin embargo, concurrir entonces en calidad de espía; no era incapaz de apegos personales y sin duda Rudin, en lo que tenía de desinteresado y valiente, luchaba aún por sobrevivirse antes de sacrificar a Hoshiller todo lo que tenía de generoso y limpio en la duplicidad de su alma. Sea lo que sea, seguía viniendo en los primeros tiempos al malecón Jemma-pes donde yo lo encontraba, extrañamente atraído, obsesionado y repelido por Trotsky, discutiendo con obstinación, con aspereza, y callando de pronto. Sabía muchas cosas y, ruso de origen, además, podía discutir con nuestros camaradas en su idioma y seguir así todos los matices de su pensamiento. Solamente Trotsky sabía muchas cosas más que Rudin y las sabía mejor; y, por otra parte, no había en él un átomo de traición y sin duda olfateaba la sombra sospechosa que se cernía ya sobre su contradictor. Este último, ¿sentía alrededor de él esta sospecha obscura? Lo cierto es que no se hallaba a gusto y sufría. Sufría, sobre todo, porque en la discusión era regularmente derrotado, y derrotado por los hechos y por la secuencia rigurosa del

pensamiento, no por las palabras. No quiero exagerar en lo más mínimo y Rudin tenía para dar la espalda a su pasado, muchos otros motivos que irritaban en él su vanidad herida. Pero ¿quién sabe? Me acuerdo de su fisonomía crispada y rabiosa ante una superioridad que él debía reconocer y que lo exasperaba. Fué, por consiguiente, uno de los más pérfidos y más peligrosos enemigos de la U.R.S.S. en el gran período de Trotsky; sin duda, no estaba movido sólo por el interés, se vengaba así sordamente de los fantasmas de su pasado y de este gigante que le había hecho sentir cruelmente su mediocridad.

En verdad, Trotsky es un hombre que ofende fácilmente; sin querer, estoy seguro. Pero aun así, sin saberlo, esta suerte de inocencia, no deja de ser peligrosa en la jungla humana. Y esto explica a no caber duda en parte el desarrollo de su destino.

Hiere un poco por travesura; en otro no sería más que un juego; en él, a menos que la víctima tome la cosa con igual alegría e inocencia, y así no haría más que igualársele, constituye una ofensa, porque delante de él no se olvida su superioridad. Podía herir también por distracción, recordando las estocadas, éstas sí voluntarias, y de una ironía feroz, con que el polemista desgarraba a quienes juzgaba como obstáculos de la causa que servía; tal víctima de una frase lanzada ligeramente se consideraba ofendida y ultrajada. Aun aquí era quizá, porque careciendo de maldad y bajeza este gran imaginativo de la política no imagina exactamente la mezquindad de los hombres que calculan tan avaramente los ho-

menajes a que se creen con derecho y lo que esperan y temen de él; es quizá, por esto, en el fondo, que ha levantado contra sí tan agrios rencores, que han hallado en el curso de los acontecimientos ocasiones tan crapulosas de manifestarse.

Todo esto que honra el carácter de Trotsky; pero que lo ha hecho incurrir en injustos e inútiles errores proviene con mucho, a mi juicio, del hecho que tan buen descubridor como es, intuitivo y sabio, en el universo de las ideas, no lo es en igual grado, ni de instinto tan seguro, en el mundo de los hombres: evita es cierto sus mezquindades; pero éstos se vengan; y él mismo termina por extraviarse a veces.

Pero esta opinión, así expresada, me doy cuenta que es demasiado sumaria. Es con respecto a su maestría en el dominio de las ideas que Trotsky se halla menos a sus anchas en sus relaciones con los hombres; pero comparado con los demás hombres y con los hombres políticos en particular, uno desearía que tuviesen tanta humanidad como él, a través de un ejemplo que citaré tomado entre muchos.

He aquí una pequeña historia, una historia en dos capítulos, que puede ilustrar lo que acabo de decir.

De nuestros rusos, tres venían habitualmente juntos: Martov, Trotsky y Wolsky que se llamaba todavía Lapinsky. Como en los Tres Mosqueteros, el cuarto llegaba generalmente aparte. Este cuarto, a quien llamábamos Dridzo, era el Lozovsky de la Internacional Sindical. Era entonces un menchevique, buen internacionalista; pero socialmente muy moderado, colaborador de la

Vida Nueva de Gorki. No era un hombre de primer plano y tampoco ha llegado a serlo. Nos ha dado, sin embargo, a algunos camaradas que lo conocimos en aquel tiempo, una gran lección acerca de lo que la potencia de la revolución puede hacer de un hombre y sobre los límites a que tiene que contonearse finalmente. En 1922 vino de incógnito a Francia y tuvimos con él una larga conversación. Cuando nos hubo dejado, uno de nosotros expuso nuestra opinión común: lo habíamos encontrado engrandecido en cien codos, a tal punto su pensamiento se había vuelto más rico, más profundo, más firme. Y es que la Revolución Rusa era grande en aquel momento y podía engrandecer de igual modo a los hombres que la servían. Después... Después, Losovsky ha vuelto a ser el mismo Dridzo que nosotros habíamos conocido. Pero retorno a mi historia.

Era en el tiempo en que el Metro y los vehículos de la superficie se detenían al caer la noche. Al salir de nuestras reuniones del malecón Jemmapes debíamos, pues, volvernos a pie, cada uno por su lado. Una noche, al meter la nariz afuera en el momento de la separación, nos dimos cuenta de que llovía y que mi Dridzo rezongaba como podía haberlo hecho cualquiera de nosotros: "¡Diablo, y yo que no traigo paraguas!" La observación no era muy sensacional ni reprehensible y la respuesta que le dió Trotsky no tenía la apariencia de una censura ni de un llamado a la prudencia, sino de una salida humorística y picante, al decirle con una solemnidad que sólo quería ser cómica: "Camarada Dridzo, cuando se teme salir a la lluvia sin paraguas no se hace la revolución".

Sin embargo, pude darme cuenta que Trotsky hubiera hecho mejor en guardarse su chiste. Por azar, miré a Dridzo en aquel momento. No dijo nada; pero yo vi su rostro, de ordinario sin mucha expresión, endurecerse y tomar un aspecto casi odioso, de modo tan llamativo que me hizo guardar el recuerdo de este incidente que no tiene es claro ninguna importancia histórica y al que estoy seguro Trotsky no ha prestado ninguna atención.

Pero algunos meses más tarde, nos encontramos cinco o seis, entre ellos Dridzo, en la pequeña secretaría de Merrheim. Trotsky se hallaba en los Estados Unidos. Era el momento en que Lenin con algunos otros revolucionarios rusos acababa de arribar a Rusia a través de Alemania, en el famoso vagón sellado. Se recordará que este trayecto se había hecho necesario por la oposición de la Entente al regreso de los revolucionarios rusos por otra vía y que Lenin tuvo la precaución de justificar el viaje por medio de un protocolo que fijaba las causas y que fué firmado por camaradas de distintos países. Nuestro amigo Loriot era uno de los signatarios y el que había provocado la reunión donde Merrheim para hablar del suceso y de la situación a que daría lugar.

En cierto momento, como la conversación se hizo más general, oí gritar de pronto a Dridzo: "¡Y Trotsky que por su parte piensa que se puede hacer una revolución socialista en Rusia!" Yo me sobresalté, no sólo porque me sorprendió escuchar en aquel lugar y en aquellas circunstancias una declaración llena de una ortodoxia menchevique tan perezosamente oportunista, sino también porque el tono violento con que fué

formulada era asaz extraño. Miré a Dridzo y fuí de tal modo embargado por el reencuentro de la misma expresión rencorosa que había observado en su cara la noche de la inocente zumba de Trotsky que no pude menos que pensar: "¡Toma, el paraguas!" Me divertí por lo demás con el recuerdo cuidándome de no dramatizarlo: después de todo, no somos más que hombres. Pero cuando veo hoy al mismo Dridzo anatémizar al mismo Trotsky en nombre de la ortodoxia bolchevique, se me ocurre pensar que la vida es una farsa en exceso cambiante.

He aquí, sin embargo, un recuerdo de otra clase, indirecto esta vez y anterior en algunos años. Se trata de un cuento, de un cuento firmado por León Trotsky, y que yo he publicado en la página literaria de L'Humanité en enero de 1922. Trotsky había escrito La

familia Declerc en Sevres, en los primeros tiempos de su estada en Francia, y este relato muy simple ha sido encontrado hojeando viejos papeles, en un periódico ruso donde fué publicado entonces. Es la historia de una familia de pequeñas gentes, como dice Cachin, de una familia que Trotsky había conocido y no es solamente una curiosidad literaria, sino un documento sobre la época y también sobre la "humanidad" de Trotsky y sobre la manera como este político de quien acabo de decir que se siente quizá menos a sus anchas en sus relaciones con los hombres que en el mundo de las ideas, es capaz de sentir y expresar el dolor de los hombres y las mujeres del proletariado molidos por la guerra imperialista. Mejor que muchas de sus grandes obras, estas pocas páginas ayudan a penetrar en el corazón del hombre que está hoy proscrito del mundo entero.

LA REVOLUCION DE OCTUBRE

POR ARTHUR ROSENBERG

De Das Tagebuch

LEON Trotsky no es sólo el vencedor de la Revolución de Octubre de 1917, sino también el más grande escritor político de nuestro tiempo. Quien no lo sepa puede convencerse de ello leyendo su gran obra sobre este acontecimiento. Después de tratar en el primer tomo la Revolución de Febrero, Trotsky describe en el segundo la historia de Rusia desde julio hasta octubre de 1917. En aquellos meses preñados de consecuencias, el sistema de Ke-

rensky, tras un triunfo aparente y efímero, agota sus fuerzas y es derribado por la insurrección de los bolcheviques bajo la dirección de Lenin y Trotsky. Ha sido, pues, Trotsky uno de los actores principales del proceso histórico que nos presenta como escritor. Liga sus propios recuerdos a todo el material histórico que desde entonces ha aparecido en la literatura. Con gran cuidado y precisión ha elaborado Trotsky su tema. Los he-

chos particulares están reproducidos, hasta donde es posible el control, con la mayor diligencia y certeza. La descripción es muy amplia y muy exacta. Muchos datos interesantes, en parte nuevos, son ofrecidos al lector. Gracias a la fuerza de la descripción no hay una sola página que sea aburrida. Al contrario, el torrente del proceso revolucionario se desenvuelve ante nosotros con extraordinaria vivacidad.

Trotsky es un maestro en el arte de escribir historia materialista en el mejor sentido de la palabra. Rechaza con decisión el criterio vulgo-marxista y estrocho que cree que todo proceso histórico es atribuible a las oscilaciones del precio del pan o cosas semejantes. El precio del pan es naturalmente un factor muy importante, pero el hambre y la miseria sólo llegan a ser factores revolucionarios cuando se producen cambios correspondientes en la conciencia social. La conciencia social nace del ser social; pero éste no consiste sólo en fenómenos económicos aislados, sino en la suma de las condiciones colectivas de producción. Con el espíritu de este genuino método marxista sigue Trotsky la evolución de la sociedad rusa desde julio hasta octubre de 1917 y nos muestra cómo ha llegado a ser imprescindible la revolución bolchevique.

Trotsky está libre de toda tendencia torpe en el sentido de querer presentar impertinente en primer plano sus propios méritos. Trotsky habla de sí mismo en tercera persona para alejar de este modo el factor subjetivo de la descripción. Con todo derecho se defiende de las leyendas de los historiadores de la burocracia stalinista, que se complacen en ocultar el papel de Trots-

ky como líder de la Revolución de Octubre.

Sin embargo, existe en la obra de Trotsky una fuerte tendencia unilateral. Es verdad que nunca se atribuye ningún mérito que no le corresponda. Pero sostiene siempre que él es hoy el representante del bolchevismo verdadero. Este genuino bolchevismo es el que ha ganado la Revolución de Octubre. El, Trotsky, estuvo entonces de acuerdo con Lenin en todos los problemas fundamentales de la Revolución. Sólo se habían producido algunas divergencias sobre cuestiones de táctica revolucionaria. Pero ahora domina en la Rusia soviética una mezcla de epigonismo burocrático. Estos epigonos son los que lo han desterrado a él, el vencedor de 1917.

El lector que aborda la obra de Trotsky sin mayores conocimientos de la historia del bolchevismo, tiene que asombrarse de algunas cosas. Con absoluta fidelidad Trotsky describe cómo él mismo, en su calidad de presidente del soviét de Petersburgo y jefe militar del Comité revolucionario, preparó y realizó la insurrección. Frente a él está la figura muy poco heroica de Stalin que trabajaba entonces como bravío redactor del órgano bolchevique del Partido y a quien nunca se vió en las líneas de fuego de la Revolución, y que en las cuestiones que se debatían a diario mostraba una reserva extraordinariamente diplomática. Además, se entera el lector, siempre lo más ajustado a la verdad, de que realmente en octubre, excepción hecha de Lenin y Trotsky, todas las principales cabezas del bolchevismo, empezando por Zinoviev y Kamenev, han estado contra el movimien-

to. ¿Cómo explicar entonces que hoy, tres lustros después de la Revolución de Octubre, el redactor Stalin sea el dictador de la Rusia soviética? En cambio, el victorioso revolucionario Trotsky vivía en el destierro y que los opositores, de la insurrección de 1917, Zinoviev, Kamenev y otros hayan caído o estén en prisión. ¿Cómo explicar este milagro?

Trotsky no puede hacerlo, porque a la leyenda oficial de los stalinistas opone una nueva leyenda. A saber: que él ha representado desde 1917 el verdadero bolchevismo. Ciertamente, en 1917, Trotsky era un revolucionario decidido, pero no un bolchevique. Y el bolchevismo como tendencia, ganó la Revolución de 1917. Stalin gobierna hoy porque dentro del círculo de los viejos bolcheviques era el que lo fué más, mucho más que Zinoviev y Kamenev. Trotsky no lo fué nunca.

El pensamiento fundamental del bolchevismo era hasta 1917 llevar a cabo la Revolución burguesa en Rusia, mientras Trotsky quería realizar la Revolución proletaria y socialista. Hasta la Guerra Mundial los bolcheviques planearon la realización de la Revolución burguesa en Rusia de modo que una coalición de todos los grupos democráticos y socialistas asegurara el triunfo del pueblo. Durante la guerra Lenin llegó a un cambio de consecuencias trascendentales: rechazó la unión con los demás demócratas y socialistas y exigió que los bolcheviques solos realizaran la Revolución popular rusa. La guardia vieja del Partido consideró aventurado este aislamiento de los bolcheviques y no quiso saber nada de él, hasta el día de la insurrección de octubre

inclusive. Trotsky, en cambio, se adhirió a Lenin en 1917 justamente por este motivo. Pues confiaba en que la insurrección aislada de los bolcheviques llevaría, no a la Revolución burguesa y democrática, sino a la socialista.

Trotsky se ha equivocado. El triunfo del bolchevismo en Rusia no ha engendrado una organización socialista del proletariado, sino un violento mecanismo burocrático y estatal-capitalista. Contra este aparato se ha rebelado Trotsky y ha sido vencido. Tampoco pudieron hacerse a esta máquina de violencia burocrática los antiguos dirigentes bolcheviques que por su parte habían sostenido el frente único de toda la democracia rusa. Así los socialistas y demócratas sucumbieron al centralismo burocrático que ha unido a las masas proletarias y campesinas de Rusia en un capitalismo de Estado.

Acerca de estas cosas decisivas nada encuentra el lector en la obra de Trotsky sobre la Revolución de Octubre. Cuando Trotsky fué desterrado pudo llegar a ser el líder espiritual del proletariado de todo el mundo. Pero entonces él debió apartarse de la leyenda bolchevista, a pesar de su justa admiración por el genio de Lenin y la función histórica del bolchevismo. Trotsky no lo ha hecho. Con todo, sigue siendo una magnífica personalidad revolucionaria y todo lo que dice y escribe merece la más profunda atención. Su crítica del stalinismo es legítima en todos sus puntos esenciales. Pero él no puede dar la palabra definitiva porque no quiere reconocer en el bolchevismo la raíz histórica del stalinismo.

Los lectores del libro de Trotsky pueden aprender en él como se prepara de veras una revolución. En octubre de 1917, antes de la toma del poder, Lenin no se presentó al palacio imperial de Petersburgo rodeado de séquito brillante. No le escribió a Kerenski ninguna carta sentimental o de derecho de estado. La sesión decisiva en que se resolvió la insurrección tuvo

lugar en una pieza cualquiera. Sobre una hoja arrancada de un cuaderno escolar, Lenin trazó con un cabo de lápiz el plan que transformó a Rusia.

Quien quiera conocer los aspectos de una verdadera revolución popular tiene que acudir al libro de Trotsky. No obstante sus diferencias teóricas es una obra sólida, digna del presidente del Comité militar revolucionario de 1917.

FREUD Y EL HOMBRE MODERNO

POR EL DR. ALEJANDRO LIPSCHÜTZ

De Repertorio Americano

ANTES de todo quiero confesarles a ustedes que en realidad no me siento competente en problemas referentes al psicoanálisis cuya creación es la obra fundamental de Freud. Conocí los escritos clásicos de Freud en las horas libres de mi labor profesional, como aficionado. No tengo ni la más mínima pretensión de figurar entre los conocedores predilectos de esta gran obra científica y cultural.

A pesar de todo eso he aceptado la grata y para mí tan honrosa invitación de contribuir a esta manifestación, porque he pensado que pueda interesarles a ustedes más jóvenes que yo, la opinión de un hombre cualquiera de mi edad, sobre la influencia que él mismo y sus contemporáneos han experimentado por parte de Freud. Nosotros hemos comenzado nuestra vida espiritual sin Freud, y ya en el umbral de nuestro ser adulto nos encontramos con él. Esto da gran ventaja—la facultad

de comparar. Espero que ustedes se vencerán en el curso de mi conferencia, de que esta influencia tuvo que ser grande, muchas veces determinante, y de que Freud ha sido uno de los forjadores del mundo espiritual moderno.

Pero preguntémonos en primer lugar ¿qué es moderno? Mejor que yo lo contestará uno de los más prominentes discípulos y grandes continuadores de Freud, el suizo Jung, quien hace años publicó un impresionante artículo sobre "El problema psíquico del Hombre Moderno". Dice Jung que no debemos confundir la noción "hombre moderno" con "contemporáneo"; moderno es sólo aquel hombre entre los contemporáneos que revela la tendencia a llegar a la cumbre de la conciencia de sí mismo, el hombre con un mínimo de inconsciencia; alejándose así el hombre moderno de la "participación mística" primitiva con la masa humana, sur-

giendo del mar de la inconsciencia colectiva. Este proceso psíquico o anímico evolutivo hacia la conciencia, podríamos llamarlo **intelectualización**, y Freud más que nadie ha contribuido a tal intelectualización.

Pues bien, ¿qué ha significado para nosotros tal intelectualización, tal escrutinio consciente y científico de todo nuestro ser anímico y de todos los valores espirituales?

Al fin del siglo pasado, y al comienzo de éste, hemos vivido todos bajo el tremendo peso de un sinnúmero de tabús sociales. Por estos tabús, o "defensas", se regía toda nuestra vida: así las relaciones entre padres e hijos, y las relaciones entre los dos sexos, e igualmente las relaciones entre las clases sociales; por los tabús se regía también nuestro modo de hablar, de andar, de vestirse. Esto no quiere decir que por primera vez en la historia humana hubo tal época de gobierno del tabú. Pero consta que hace cuarenta o cincuenta años, el régimen de los tabús sociales había llegado a gran auge, dando origen a una **hipocresía** social verdaderamente grotesca, la que cada uno de ustedes conoce en sus diversos aspectos. Sin embargo, a nadie se le antojará la absurda hipótesis de que fueran nuestros padres mayores hipócritas que nosotros, por pura malicia. No, ellos fueron tan buenos y tan malos como nosotros. Si hubo entonces más hipocresía que hoy en día, esto se explica por toda la coyuntura social en los años que siguieron en Europa después de la gran Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Era el tiempo del "nuevo rico", el que primero tanteando para vencer las resistencias por parte de la

restauración, pero en seguida ya con paso orgulloso, arrogante y hasta petulante, se apodera de toda directiva en la vida del hombre europeo.

En esta su marcha victoriosa, el nuevo rico necesitaba en primer lugar de tranquilidad social. Le sirvió para eso en algo también la hipocresía, con todo el sinnúmero de falsos "valores" y tabús sociales.

La hipocresía reinante tuvo que tener su reacción. No eran pocos los que en el curso de los años castigaban en las ciencias y las letras, la hipocresía convencional del siglo pasado. Freud lo hizo en forma científica, con su nuevo método psicoanalítico, mostrándonos el alma al descubierto, haciendo penetrar el intelecto humano en los abismos de nuestro sentir, intuir, pensar y querer.

Para poder realizar esta su obra de penetración científico-intelectual en lo anímico individual, Freud tuvo que redescubrir el alma para la ciencia; la noción del alma, en la segunda mitad del siglo pasado se había casi abolido, o en todo caso deformado, en el curso del desarrollo fulminante de las ciencias naturales. Le debemos en primer lugar a Freud de que la **psiquis del individuo como un todo** se transformara en objeto de una ciencia independiente.

Si a Freud le cupo de redescubrir el alma para la ciencia, le cupo también de **ensanchar** el alma y de modo inesperado, incluyendo en lo psíquico el llamado **sub** o **inconsciente**. Esto parecía entonces, unos cuarenta años ha, absolutamente contradictorio, porque psiquis se identificaba con lo consciente. Pero Freud comenzó a estudiar toda la dinámica y la evolución de la psiquis in-

dividual sobre la base del subconsciente, y se nos abrieron horizontes nunca antes sospechados. Se nos reveló un dinamismo verdaderamente formidable, en todos los diversos aspectos de la vida anímica. Se nos revelaron bajo la serena superficie del mar anímico, abismos terribles, muy frecuentemente llenos de demonios, apaciguados momentáneamente por la **represión**, para los fines de convivencia social, eso sí, pero siempre **existentes**.

Casi poético—¿no es así?—y al parecer tan lejos de la realidad anímica tradicional. Pero eso sólo **al parecer**. Es muy significativo el hecho de que Freud se sirviera en su gran obra psicológica renovadora tan espectacular, de un material anímico muy real, inmediato, y tan corriente que antes parecía carecer de toda importancia: se sirvió de los sueños, los que por su contrariedad aparente ya habían llegado a ser—para nosotros, los hombres “cultos” en el umbral del siglo XX—algo como caricatura en nuestro verdadero ser anímico. Y de repente—¡qué grotesco! Freud, profesor de la Universidad de Viena, publica un grueso libro sobre “La interpretación de los Sueños” y su importancia para el conocimiento del alma normal y enferma. Publica otro libro, “La Psicología de la vida corriente”, que trata sobre las pequeñas equivocaciones que en la vida de cada día se hacen en el hablar y actuar, y las analiza en su relación con el dinamismo de la psiquis individual. Escribe también un libro sobre el “Chiste y su relación con el inconsciente”. **Dignifica** las cosas anímicas corrientes y pequeñas, descubriéndonos su causalidad y al mismo tiempo su finalidad en la realización

de la vida anímica individual. Freud es un gran realista, nunca se aparta de las cosas verdaderas, a pesar de que siempre opera él con cosas anímicas, “sublimes”.

Hemos mencionado ya que para Freud la psiquis es un **Todo**, podríamos decir un **organismo anímico**, que resulta de un **equilibrio dinámico** de todas las partes del inconsciente y del consciente. Este concepto de la **integración psíquica** es fundamental para la nueva psicología. Porque es gracias a este concepto que se abrió el camino para una justa valorización de todas las cosas anímicas, aun para las más insignificantes, valorización desde el punto de vista de su **función**, es decir, como **instrumento efectivo para la realización o integración del organismo anímico individual como un Todo**. En esto Freud sigue el camino de la Biología de nuestros días; quienes conocen los rasgos fundamentales de la nueva fisiología y de la embriología, me entenderán en cuanto a eso.

Al analizar los equilibrios y desequilibrios anímicos, Freud ha insistido en la importancia preponderante del instinto sexual en los sucesos anímicos. Casi queda uno con la impresión de que para Freud la mayor parte de la energía anímica humana se invierte en sexualidad. Tal concepto, con razón, encontró mucha resistencia. Sin embargo, para valorizar la obra de Freud poco importa si ha sido, o no, una exageración tal acaparamiento de la energía psíquica por el instinto sexual. Aun Jung, contrario a la exageración aludida, al dar ulterior desarrollo a las ideas freudianas, y al hacer la tentativa de aplicar el concepto de la conservación de

la energía a la dinámica anímica, siempre se sirve de la palabra “Líbido” como sinónimo de la energía anímica o vital humana.

Los conceptos de Freud sobre la participación del subconsciente en la evolución de la psiquis individual, fueron aplicados con sumo éxito a toda creación espiritual humana, tanto a los primeros tanteos espirituales del niño, como a las más altas exteriorizaciones artísticas; a la vida espiritual del primitivo y a la formación de las ideas religiosas las más elevadas. Así se explica que la obra de Freud encontrara repercusión tan vasta en el pensamiento científico de nuestros tiempos. Repercusión no sólo en diversas ciencias, sino también en la vida práctica de los hombres, en las llamadas ciencias aplicadas. Los conceptos de Freud se aplican en la Medicina, en la Pedagogía, en el Sacerdocio, en la política Colonial.

Para comprender lo que ha significado para nosotros la obra puramente científica de Freud, es necesario darse cuenta de ciertos aspectos de la psicología en el umbral de nuestro siglo. Parecía entonces que la ciencia, todopoderosa, había alcanzado a abolir el alma como objeto inmediato del escrutinio científico, reemplazando la psicología por la **psicofisiología**. Es decir, se pensaba que estudiando la estructura del cerebro y en seguida los procesos químicos y energéticos que en él se realizan, se llegaría a un conocimiento definitivo de la psiquis humana. Estos eran los materialistas clásicos. En verdad, molestaba el problema de cómo el juego de los átomos en las células cerebrales “se transforma” en sentir y pensar. Los

unos, entre los materialistas, más dispuestos al tranquilo gozar, se decían resignados que eso nunca sabremos—el célebre “Ignorábilimus” de hace 66 años. Los otros, más inquietos, buscaban a veces de modo algo pueril, los comienzos filogenéticos del alma en seres unicelulares, o en los átomos mismos.

La influencia del concepto psicofisiológico en todo lo que se relaciona con la psiquis normal y enferma, era enorme en la época que ha precedido a Freud. Pero aun más espectacular que el dominio del concepto psicofisiológico en la psicología, era el del concepto puramente **anatómico**. Cuando yo, casi cuarenta años ha, era estudiante de Medicina en Berlín, comenzaron a llegarnos las nuevas ideas de Ramón y Cajal sobre la estructura microscópica del cerebro. Parecía entonces que con estos formidables descubrimientos del gran genio español estaba naciendo una anatomía microscópica que **reemplazaría** a la psicología. Se exageraba muy considerablemente; quienes así pensaban no se daban cuenta de que problemas **psicológicos** no se resuelven por anatomía y fisiología aunque los fenómenos anímicos se fundan en procesos cerebrales, o se engendran en el cerebro. Sin embargo, problemas psicológicos se resuelven sólo por psicología que tiene sus propias leyes, otras que las de la fisiología. No puede ser de otro modo, porque el fenómeno anímico individual deriva no sólo del cerebro heredado y de sus anexos sensoriales, sino deriva también de todo el complejo anímico colectivo, consciente o inconsciente, cuyos comienzos se pierden en la prehistoria humana y cuya esencia activa es la **cultura espiritual**, ella misma nunca

estable sino siempre en equilibrio lábil. No hay nada de contradictorio en nuestro concepto. Un sencillo ejemplo nos facilitará su comprensión. Si queremos estudiar tal o cual danza desde un punto de vista social o individual, no nos satisface la fisiología de los músculos y del sistema nervioso, con todos sus datos sobre los procesos químicos y energéticos que tienen lugar en la fibra muscular y célula nerviosa. Danza es más que los procesos fisiológicos. Este "más" no se puede estudiar con las leyes de la fisiología, sino con otras leyes.

Es verdad, además de la psicofisiología, teníamos en el umbral de este siglo, a la llamada **psicología experimental**, la que se oponía, y con razón, a la identificación de psicofisiología con psicología. Pero la psicología experimental operando algo superficialmente con las sensaciones y sus interrelaciones, se había cerrado la puerta hacia la gran realidad dinámica y evolutiva del alma humana, porque nuestra alma no es un mosaico de sensaciones; es algo de mucho más complejo—un organismo en perpetuo movimiento y en evolución, cuyas leyes especiales, como ya dijimos, son del dominio de la psicología, como son las leyes de los demás sucesos vitales, del dominio de la biología.

Por cierto ya antes de Freud, el problema dinámico y evolutivo del alma no era ajeno a la psicología. Pero la obra de Freud significa, según mi modo ver, un adelanto grandioso, justamente por introducir lo que llamamos el punto de vista funcional en el trato científico de los sucesos anímicos, como corolario del concepto de la integración anímica individual, según lo he-

mos explicado más arriba. Antes de Freud, tal punto de vista funcional en el problema evolutivo del alma fué aplicado por Marx, en oposición consciente y expresa contra el materialismo psicológico de entonces. Dice Marx en un célebre escrito, que para mantener la existencia de la colectividad, los hombres establecen entre sí ciertas "relaciones de producción", las que son independientes de la voluntad de ellos, pero que son necesarias, en correspondencia con el grado de desarrollo alcanzado por sus medios materiales de producción. Sobre estas relaciones de producción, que son idénticas con la estructura económica de la colectividad, se erige el aparato legal y político, y a esa estructura económica corresponden también formas dadas de la conciencia social. Claro está que para Marx, la conciencia o ideología social nace en el proceso mismo de la edificación o estructuración de la vida económica y social; la ideología, diríamos hoy, cumple con cierta función en la realización de la vida económica. El profundo sentido de este concepto de Marx es, a mi modo de ver, que la ideología social no es sólo derivación de la estructura económica, sino también instrumento para la realización, o integración, de esa misma estructura económica.

El concepto de Marx sobre la importancia determinante de las "relaciones de producción" para la formación de la ideología humana—en su sentido doble, causal y teleológico—ha sido muy mal entendido por partidarios, y aun más por adversarios; se le daba un sentido metafísico materialista con lo cual no tiene este concepto marxista nada

que ver (1). Pero, mientras que Marx como sociólogo, se fija sólo en los sucesos anímicos en grupos humanos, sin discernir los individuos de los cuales los grupos se componen, Freud como psicólogo se fija además en los sucesos anímicos individuales. En verdad, no hay límite neto entre los dos, como ha insistido, después de Freud, especialmente Jung.

El concepto funcional de Marx sobre la dinámica evolutiva de la ideología social, ha encontrado últimamente, en síntesis estrechísima con conceptos psicoanalíticos freudianos, la más amplia aplicación en la nueva Antropología Social, que florece en la Universidad de Londres bajo la sabia dirección de Malinowsky, e influye muy poderosamente en todos los estudios contemporáneos sobre culturas primitivas, y por eso también en la actitud del moderno blanco ante el llamado "salvaje".

Hemos insistido en la gran importancia que Freud ha tenido en la psicología. Empero, debemos darnos cuenta de que si Freud fuera sólo el gran psicólogo, como otros hombres de ciencia, su acción no habría significado tanto para el hombre moderno. Hay algo más en Freud. Es que su nueva psicología

(1) El término "Concepto materialista de la historia" (o "Materialismo histórico", como en forma no muy exacta se lo ha traducido al castellano) para Marx es sólo insistencia en la necesidad de tratar la evolución de las ideologías sociales en relación causal inmediata con su "base real", o con los "medios materiales de producción". No hay nada aquí que se refiera al problema metafísico de la interrelación entre "materia" y "espíritu".

ha servido de arma contra la tremenda hipocresía social heredada del siglo pasado. Su psicoanálisis era un desenmascaramiento que temer para quienes nuestra era significaba la edad de oro, el cumplimiento. Un desenmascaramiento siempre es peligroso; porque para algo muy importante debe de haber servido máscara tan pesada. Así, la obra de Freud tuvo que dar origen a luchas apasionadas en todos los campos de la vida espiritual humana. Dice Jung sobre Freud, a este respecto: "Es un gran destructor que rompe las cadenas del pasado. Libera del peso malsano de un viejo y podrido mundo de rutina... Su mérito histórico reside en el hecho de derrumbar como un profeta del Antiguo Testamento falsos dioses, y poner al descubierto, sin piedad y a la luz del día, toda la podredumbre del alma contemporánea". Y agrega Jung, en esto se basa y se justifica la gloria de Freud.

Freud en el rol de profeta del Antiguo Testamento. No es mala esa comparación, del todo. Es verdad, el rol científico e histórico de Freud habría podido cumplirse también por otro que no sea judío. Los judíos no son los únicos gloriosos renovadores de Europa. Empero, la pertenencia de Freud a ese grupo de hombres en defensiva permanente, y con grandes tradiciones culturales milenarias, especialmente en el dominio espiritual, debe de haber contribuido a aguzar su ingenio.

Tal vez, en otras circunstancias, no se hablaría de esas cosas íntimas. En otras circunstancias yo personalmente no me habría atrevido a hablarles a ustedes, en esta misma sala, sea de judíos apreciables, sea de judíos despreciables. Pero en esta hora trágica pa-

ra 17 millones de judíos, cuando el odio contra ellos, ampliamente financiado por poderosos grupos interesados, ya ha adquirido proporciones de una psicosis colectiva, en esta hora trágica, sí, es justo recordar que Freud es uno entre estos 17 millones cuyo exterminio se preparó deliberadamente por fuerzas egoístas, y adversas a la huma-

nidad entera, exterminio en la misma forma brutal por la que los turcos de antaño eliminaban a los millones de sus compatriotas cristianos armenios. Justo también recordar en esta hora trágica, que en el seno del pueblo judío destinada para el exterminio, nacieron no sólo los Profetas del Atniguo Testamento, sino también los Apóstoles del Nuevo.

NOSOTROS Y EUROPA

POR EUGENIO GONZÁLEZ

De Rev. Nac. de Cultura

SI observamos lo que sucede en las clases dirigentes y urbanas de Hispanoamérica constataremos que ellas presentan los mismos rasgos generales que las clases dirigentes y urbanas de las sociedades occidentales. Desde la Colonia hasta ahora hemos vivido dentro de las formas típicas de Ultramar. Sobre el fondo primitivo y estático de la población indígena, la conquista europea hizo prosperar pequeñas comunidades blancas que mantuvieron, en lo substantivo, la tradición cultural, apenas modificada por las fuerzas imponderables de la nueva sangre y del nuevo paisaje.

La historia de las sociedades hispanoamericanas se ha desenvuelto en dos planos vitales que, aunque bien diferenciados, han solido confundirse en los azares de las contiendas civiles—aquél de las comunidades blancas herederas directas de las formas europeas que continúan en nuestro Continente el proce-

so orgánico de la Cultura, y aquél de los elementos vernáculos, impregnados del paisaje primitivo, que representan los impulsos briosos y originales de la Naturaleza. El conflicto entre cultura y naturaleza late en el fondo del drama americano y explica muchas incongruencias de la política criolla.

Dejando a un lado el caso de Chile en donde por circunstancias de diversa índole se perpetúa orgánicamente el orden colonial, y refiriéndonos a aquellos países más agitados por las guerras civiles—que eran también a menudo luchas de razas y muchas veces conflictos entre el campo y la ciudad—podemos también constatar en ellos el hecho de que se continúa, a pesar de los cruentos azares y los sacudimientos sociales, la tradición cultural del tipo europeo en las antiguas minorías que, de un modo u otro, consiguen imponer su sello a la vida civil.

Pero persiste, en el fondo, el dualis-

mo sociológico hispano-americano. No hay unidad cultural y no hay, por lo tanto, unidad nacional. Por encima de las grandes masas rurales se levantan las pequeñas oligarquías urbanas. Espiritual y materialmente existe un abismo, a primera vista infranqueable, entre estas dos realidades sociales. Una refleja la inercia de la naturaleza; la otra, el dinamismo de la cultura. Al margen de la Historia, apegada al ritmo telúrico, infima parte integrante de un paisaje abrumador, la muchedumbre rural permanece sin incorporarse a la sociedad y al Estado, a pesar de la evolución "democrática". Por su parte, la oligarquía urbana sigue de cerca, procurando no quedarse atrás, los cambios que se operan en las sociedades occidentales. Ajusta su vida a los cánones europeos vigentes. Políticamente emancipada, continúa espiritualmente "colonial".

Y no hay en tal proceder, como algunos europeos han afirmado con desprecio, una simple actitud de imitación pueril. Lejos de eso, las minorías blancas no hacen otra cosa que vivir de acuerdo con su verdadera idiosincrasia. Por su estructura espiritual son occidentales aunque otra cosa digan intuitivos como Keyserling. Ningún movimiento ideológico, político, o artístico europeo ha dejado de ser profundamente "comprendido" en los círculos de las minorías cultas hispanoamericanas. Por supuesto la "resonancia social" de tales movimientos en nuestra América es casi nula en comparación con la que tienen en su medio originario. Ello se explica en virtud del dualismo sociológico a que hemos hecho referen-

cia: las masas viven fuera del ámbito cultural.

Para ejemplarizar lo anterior, bastaría recordar la política que han realizado o pretendido realizar, las minorías dirigentes en nuestros países, política que, desde antes de la Emancipación, se ha inspirado siempre en las ideas europeas. La ideología burguesa del siglo XIX fué la que dominó en la mentalidad republicana. Al precipitarse en los últimos decenios los conflictos sociales en el seno de nuestro incipiente industrialismo, los dirigentes del proletariado—casi todos provenientes, por lo demás, de la burguesía semiletrada—han planteado los problemas con criterio netamente europeo, de acuerdo con fórmulas de importación.

La concepción burguesa de la vida que en la actualidad se extiende a los sectores obreros al través de la ideología marxista (una pequeña reflexión hará comprender la verdad de esta aparente paradoja) es un producto genuino de la sociedad mecanizada y utilitaria, una forma de la mentalidad urbana. Algunos líderes hispanoamericanos (de considerable significación personal por lo demás) deseosos de confeccionar una doctrina "original", que refleje adecuadamente la realidad criolla, pero incapaces de superar su formación europea, se dan a tareas tan peregrinas como la de "integrar el materialismo histórico de Marx con el relativismo de Einstein". La fórmula es impresionante, sobre todo para los que no entienden ni lo uno ni lo otro. Que son los más.

Es decir, donde quiera que se mire se ven las inquietudes de Europa, los mitos de Europa, las soluciones de Europa.

POR JUAN MARINELLO

De Repertorio Americano

NUESTRAS Antillas son, esencialmente, tierras mulatas. Quien diga lo blanco o exprese lo negro no dirá lo antillano. Lo blanco, lo español criollo, ya estaba dicho en Cuba, en Puerto Rico y Santo Domingo y a veces de modo insuperable, pero era forzoso actualizar la expresión blanca, inquietarle su poder renovador, hacerla apta, por el desarrollo de sus mismas viejas esencias, a los matices de los anhelos nuevos. Nicolás Guillén supo adueñarse a tiempo de lo blanco y entenderlo en lo íntimo y en lo dinámico, en lo permanente y en lo cambiante, en lo recóndito y en lo universal.

Lo negro, cosa subalterna y vergonzante, reacción interdicta, no encontró en las Antillas durante siglos más que dos caminos de perdición: la imitación lejana del amo blanco o la renuncia rencorosa y desolada a la propia voz. Yo he dicho en otro lugar cómo hace diez años coinciden en nuestras islas dos interesantísimos fenómenos: la boga mundial de lo negro y el despertar político del afroantillano. Nuestra inveterada inclinación a corear el término *chear* literario de Francia o de Alemania determinó en los escritores isleños una espectación alborozada por lo africano. El impulso extranjerizante nos jugó una buena partida. El camino hacia París o hacia Berlín, hacia Blas Cendrars o hacia León Frobenius, nos condujo a nuestra propia casa. Buscando lo extraño dimos con lo propio. Nos asaltó entonces una rica sospecha. Algún tesoro oculto debía esconderse bajo la piel oscura cuando el mundo

todo se daba a su hallazgo; alguna porción del preciado metal debía andar en el negro desconocido y maltratado de nuestros cañaverales. Las primeras incursiones temerosas descubrieron una sorprendente realidad: el negrismo alcanzaba a los antillanos de todo color, poseíamos una mulatez unánime infiltrada hasta el tuétano del oído y del espíritu.

Precisaba alumbrar el oro novísimo por galerías perfectas: había que expresar lo negro antillano en un lenguaje asequible a negros y a blancos y en el que no se escapase por entre las duras mallas del castellano, el acento de África en su variante americana. Nicolás Guillén dió con la difícil expresión. Acudió para ello a las capas más radicalmente populares; puso el oído a los sonos más espontáneos y a las jácaras más elementales. Los miopes no penetraron entonces el significado experimental de aquellas incursiones y las estimaron menester impropio de un artista que había dado ya muestras de talento singular. Pretendía Guillén, y lo logró, encontrar la buena comunicación del ritmo que le inquietaba la piel y la ambición lírica.

Poseído el idioma indispensable se dió nuestro poeta—y en ello le acompañaron gentes de la calidad de Emilio Ballagas—a captar el modo inseparable de la palabra afrocriolla, la fisiónomía inevitable de lo negro cubano. La gracia asombradora del gesto negro quedó tomada para siempre en el Secuestro de la mujer de Antonio y en el Velorio de Papá Montero. Después,

¡DALE CON LA MOCHA!

POR NICOLÁS GUILLÉN

El sol te quema, te quema;
la carreta está vacía;
ya toses con sangre y flema,
ya toses con sangre y flema;
¡treinta centavos al día!

¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

Cuando muelan esa caña,
te van a moler con ella;
estás como en tiempo'España,
¡estás como en tiempo'España,
y el yanqui es quien te atropella!

¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

¡Qué lejos está La'Bana,
donde vive el Presidente
con la bandera cubana,
¡con la bandera cubana
y un automóvil potente!

¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

El grito que das tú aquí,
allá no puede llegar;
si quieres, déjame a mí,
¡si quieres, déjame a mí,
que van a oírme gritar!

¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

La mocha arranca tajada
del que más duro se crea;
ropa que ya está lavada,
¡ropa que ya está lavada,
sácala de la batea!

¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

en una marcha segura y firme, arribó Guillén a las capas más hondas: salvó, a paso de aciertos, esa zona trémula de supersticiones y terrores hecha en el alma negra del recuerdo de África y la opresión blanca y en la que se tocan tenebrosas ternuras y presentimientos errabundos. Llegó por fin a la entraña más adolorida del negro, a la pena sin orillas de su inacabable esclavitud. Sintió entonces el negro como hombre y, al instante, el poeta de mimosos virtuosismos y elegancias alumbradas de vino poeta revolucionario.

Al llegar a los bordes del más hondo abismo del alma afrocriolla se hace en Guillén la luz política. Para que el negro deje de ser oprimido es necesaria una convivencia humana en que sea imposible la opresión. Hay que liberar al hombre, a todos los hombres y al negro, hombre preso en las más gruesas cadenas. La poesía de Nicolás Guillén tendrá en adelante como protagonista no al negro sino al hombre. No es que el poeta dé la espalda a su gente mísera, a sus hermanos maldecidos. Por el contrario les sirve ahora por la única vía certera; les asegura, por el arma poderosa de su verso, la verdadera libertad. No olvida Guillén su color ni la trágica responsabilidad que dé él le viene; produce ahora un canto nuevo en que sus dos colores, su mulatismo, realiza la más alta faena. Ahora será por su sangre blanca, por su sangre negra—y por la capacidad de inquietar y empujar lo mejor de esas sangres—su isla mestiza, su Cuba crucificada, su pueblo desdichado y heroico, herido de odios internos y de agresiones *extrañas*.

POR DWIGHT MACDONALD

De The New International

"Aunque no esté escrito en la Constitución, es, sin embargo, un deber del gobierno federal impedir que los ciudadanos se mueran de hambre".—Franklin D. Roosevelt, 1933.

"El gobierno federal debe desistir y desistirá de la tarea del socorro.—Franklin D. Roosevelt, 1935.

LJAY en la actualidad en este país entre diez y doce millones de obreros completamente desocupados, que con sus familiares forman por lo menos un ejército de veinticinco millones de hombres, mujeres y niños. Ahora bien, en un sistema social que tiene por base la producción y el consumo de mercancías, estos veinticinco millones — un quinto de la nación—están excluidos de cualquier participación en el trabajo normal y la vida de la sociedad. En el sistema productivo mejor racionalizado del mundo, no puede "encontrar" trabajo una quinta parte de los obreros. En la sociedad capitalista más rica y poderosa de la historia, uno de cada cinco ciudadanos es paupérrimo. Si tiene suerte, su desocupación es oficialmente reconocida por el estado y él y su familia mantenidos hasta el límite justo que impide la consunción. Los menos afortunados, mendigan, prestan o roban, si pueden. Pero logren o no vivir, estos veinticinco millones carecen de sitio en el país y de valor en la sociedad. Son

parias, desechos, parásitos del cuerpo político.

La gran mayoría de estos desechos no encontrará nunca bajo el capitalismo nuevo lugar en la sociedad. La desocupación en masa ha sido una característica del capitalismo americano desde 1929 y los más de los economistas no ven ninguna perspectiva de solución. Cada año un nuevo medio millón de obreros entra en el mercado del trabajo. Cada año el progreso técnico —más bien estimulado que vencido por los "tiempos duros"—levanta la producción del trabajo a más altos niveles. El auge comercial de los años 1936-37 elevó la producción casi hasta el nivel de 1929 sin que bajara la desocupación a menos de siete millones.

Hace algún tiempo el Presidente Roosevelt y sus consejeros empezaron a comprender que la cesantía en masa era un rasgo permanente del capitalismo americano. El problema del socorro llegó a tomar así un aspecto mucho más político y completamente distinto del que había tenido en los primeros años del New Deal. Ya no se trata de que los obreros aguarden la ocasión de un nuevo periodo de prosperidad que los saque a flote. Es ahora cuestión de que el Estado los ayude permanentemente. Esto explica el rencoreso ataque sin precedentes que los congresales reaccionarios llevaron este año contra los proyectos de socorro y

también la extrema debilidad para no decir otra cosa, de la respuesta del New Deal a este ataque. "Ninguna otra medida administrativa de igual importancia ha sido tan flojamente defendida", escribe el corresponsal en Washington de la revista *New Republic*, refiriéndose al proyecto de socorro para 1940. El hecho brutal es que el peso político de los desocupados está lejos de equilibrar el pésimo efecto del déficit que el socorro ha demandado al Tesoro federal. Todas las manos en Washington, lo mismo las republicanas que las demócratas, quieren estar libres de este asunto. Y el movimiento,—para reducir el pago del socorro al nivel de los tiempos de Hoover—ha hecho grandes progresos desde principios de este año.

Pero la desocupación en masa, el mayor síntoma de la decadencia capitalista, es un problema que atañe lo mismo a los políticos revolucionarios que a los burgueses. La desocupación

es la gran escindidora de las filas de la clase obrera. El antagonismo está desarrollándose ya peligrosamente entre los cesantes y los que tienen trabajo, sobre todo, trabajo protegido por fuertes sindicatos. El Padre Coughlin y otros demagogos fascistas están haciendo ya a los desocupados las mismas promesas que permitieron el éxito de Hitler en Alemania. El programa reformista del New Deal ha caído ya en tanto descrédito como la República de Weimar, con los mismos efectos desengañadores en la masa de los desocupados. Sobre todo, desde que al comienzo de este año la política llevada a cabo por los dos grandes partidos burgueses contra el monto del socorro alcanzó una tensión desconocida.

Sin una comprensión de la cesantía y del problema de los cesantes, será imposible para cualquier partido revolucionario derrotar al fascismo y poner a la orden del día el socialismo en América.

VISIONES PROLETARIAS

POR RUBÉN DARÍO

1867-1916

—¡O H, Señor! El mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea, pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina, y el trabajador lleva sobre sus hombros la

montaña de una maldición. Nada vale ya el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño eterno para el eterno matadero.

¿No ve usted hoy día ricachón con la camisa como si fuera de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en seda y encajes? Entretanto, las hijas

de los pobres desde los catorce años tienen que ser desgraciadas. Son del primero que las compra. Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. Los almacenes son el martirio de la honradez. No se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer un pan duro, en los palacios y casas ricas los dichosos se atracan de trufas faisanes. Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos que parecen grullas, esos cosecheros ventruados son los ruines martirizadores.

Yo quisiera una tempestad de sangre, yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social. ¿No se llama democracia a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los oradores? Pues maldita sea esa democracia. Eso no es democracia sino baldón y ruina. La prensa venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados. Al pueblo no se le hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose, por culpa de los de arriba, en el hambre, el crimen y el alcoholismo; en la mujer, la prostitución; así la madre, así la hija y así la manta que las cobija. Conque, ¡calcule usted! El centavo que se logra, ¿para qué ha de ser sino para el aguardiente? Los patrones, en la ciudad y en el campo, son los tiranos. Aquí le aprietan a uno el cuello, en el campo insultan al jornalero, le escatiman el jornal, le dan a comer lodo, y por remate le violan a sus hijas. Todo anda de esa manera. Yo no sé cómo no ha reventado ya la

mina que amenaza al mundo; porque ya debía haber reventado. En todas partes arde la misma fiebre. El espíritu de las clases pobres se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba. La Comuna, la Internacional, el Nihilismo, eso es poco; falta la enorme y vencedora coalición.

Todas las tiranías se vendrán al suelo; la tiranía política, la tiranía económica, la tiranía religiosa. Porque el cura es también aliado de los verdugos del pueblo. El canta su tedeum y reza su paternoster, más por el millonario que por el desgraciado. Pero los anuncios del cataclismo están ya a la vista de la humanidad y la humanidad no los ve; lo que verá bien son el espanto y el horror del día de la ira. No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza. Habrá que cantar una nueva Marsellesa que como los clarines de Jericó destruya la morada de los infames. El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará los cuellos y vientres odiados; las mujeres del populacho arrancarán a puñados los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento; se romperán las estatuas de los bandidos que oprimieron a los humildes; y el cielo verá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, la venganza suprema y terrible de la miseria borracha.

Pero ¿quién eres tú? ¿Por qué gritas así?

—Yo me llamo Juan Lanás y no tengo un centavo.

SUMARIO DEL N.º 4

(AGOSTO)

ANTONIO MACHADO	Alemania o la exageración
ERNEST HEMINGWAY	Apuntes sobre la próxima guerra
LUCIEN BOSSOUTROT	Ansia de un mundo nuevo
B. SANIN CANO	Trescientos millones de víctimas
KURT KERSTEN	Goethe y la Revolución Francesa.
JEAN CASSOU	Examen de conciencia del intelectual
WALDO FRANK	Carta Whitmaniana
J. HUIZINGA	La cooperación intelectual
MARTIN BUBER	Un proceso espiritual.
ALFONSO REYES	Aduana lingüística
MARIO JUAREZ	Un poeta alciónico
LUIS FRANCO	Coplas de gesta.
MALCOLM COWLEY	Frau Marx
JOSE MARTI	En la muerte de Marx

SUMARIO DEL N.º 5

(SEPTIEMBRE)

HENRI BERGSON	Pensamiento y Acción
ROBERT BRIFFAULT	El individuo y la sociedad
ANDRE MALRAUX	La novela y el reportaje
ROBERT FORSYTHE	Yo conocí a Ernst Toller
PAUL ROSENFELD	James Joyce, ¿genio o charlatán?
STEFAN ZWEIG	La rebelión de Tolstoi
F. L. SCHUMAN	Furor teutonicus
SIDNEY HOOK (y otros)	En defensa del pensamiento libre
CATHERINE RADZIWILL	Stalin habla de Hitler
LEON TROTSKY	Una lección recientísima
ARTURO CANCELA	Polémica sorda
D. F. SARMIENTO	El indio Juan Chipaco

SUMARIO DEL N.º 6

(OCTUBRE)

LEOPOLDO LUGONES	La Raza.—El gran equivoco
FERNANDO ORTIZ	¿Raza o cultura?
BENJAMIN JARNES	Raza, grillete
CARLOS PEREYRA	Rutas de América
LUIS ZULUETA	Raíz y frutos
FRANZ BOAS	Migraciones históricas
JULIAN HUXLEY	El concepto de raza
LEON PAUL FARGUE	Del Antisemitismo
GEORGE E. SACHS	Rilke en España
A. HERNANDEZ CATA	La palabra muerta
GABRIELA MISTRAL	Un mito americano de Chile
W. H. HUDSON	El caballo y el hombre

BIBLIOTECA SELECTA NASCIMENTO

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|--|
| N.º 1. EL HOMBRE EN LA MONTAÑA, novela de Edgardo Garrido Merino. \$ 10.— | N.º 23. PRISIONERO DE GUERRA, por Augusto Guzmán..... 12.— |
| N.º 2. ALGO DE LO QUE HE VISTO, Memorias de Don Crescente Errazuriz. 20.— | N.º 24. EL CACHORRO, por Victor Domingo Silva... 12.— |
| N.º 3. CASA GRANDE, novela de Luis Orrego Luco.... 12.— | N.º 25. EL MONJE POLITICO, por Alejandro Vicuña..... 12.— |
| N.º 4. MERCEDES URIZAR, novela de Luis Durand.. 10.— | N.º 7, 9, 19, 20, 22, 27, 28, 29 y 30 son los tomos IX, X, III, IV, V, XII, XIII, XIV y XV respectivamente de las LEYENDAS Y EPISODIOS CHILENOS, de Aurelio Díaz Meza, c/u..... 12.— |
| N.º 5. EL MUNDO EN LLAMAS, novela de Boris Shatzky..... 10.— | N.º 31. LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFIA GRIEGA, por Enrique Molina..... 20.— |
| N.º 6. EL VALLE DEL SOL, novela de Diómedes de Pereyra..... \$ 12.— | N.º 32. PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO, por Augusto d'Halmir... 15.— |
| N.º 8. MELPOMENE, poemas de Arturo Capdevila..... 10.— | N.º 33. IMAGENES DE CHILE, por M. Picón-Salas y G. Feliú Cruz..... 20.— |
| N.º 10. HOJAS AL VIENTO, por Diómedes de Pereyra 12.— | N.º 34. CAUCHO, por Diómedes de Pereyra..... 20.— |
| N.º 11. LA SERPIENTE DE ORO, por Ciro Alegria... 10.— | N.º 35. ORATORIA, por José María Pinedo..... 10.— |
| N.º 12. DEL CALDERO DEL CHACO, por Aquiles Vergara..... 12.— | N.º 36. MI TIO VENTURA, por Ernesto Montenegro. 10.— |
| N.º 13. SANGRE DE MESTIZOS, por Augusto Céspedes 10.— | N.º 37. CAMARADA, por Carlos Sepúlveda Leyton... 15.— |
| N.º 14. SUS MEJORES CUENTOS de A. Hernández Cata..... 20.— | N.º 38. POR LOS VALORES ESPIRITUALES, por Enrique Molina..... 20.— |
| N.º 15. MEMORIAS DE OCHENTA AÑOS, por Ramón Subercaseaux. 2 tomos..... 25.— | N.º 39. BULA MATARI (Stanley en Africa), por Jacobo Wasserman..... 15.— |
| N.º 16. LAS DOS ESPAÑAS, por Fidelino de Figueredo 10.— | N.º 40. GOLONDRINA DE INVIERNO, por Victor Domingo Silva..... 12.— |
| N.º 17. MEMORIAS, por Abdón Cifuentes. 2 tomos.. 30.— | |
| N.º 18. ZOÉ, por Benjamín Subercaseaux..... 12.— | |
| N.º 21. NICARAGUA LIRICA, por Augusto Oviedo Reyes.... 15.— | |